

BIENESTAR, CONSUMO Y CAPITALISMO, Hacia una Estrategia de Consumo Básico

**Ernesto Aldo Isuani
para SOCIALIS**

INTRODUCCION

El incremento del consumo como principal camino para alcanzar un creciente bienestar es un postulado explícito de las sociedades capitalistas. Pero aunque no es posible pensar en la existencia de bienestar sin un cierto nivel de consumo, aquel es también función de otras dimensiones de la existencia social. Por ello, el presente trabajo se plantea como objetivos centrales identificar aquel consumo básico y otros aspectos necesarios para una situación de bienestar y proponer los trazos generales de una estrategia para asegurar dicho consumo.

Para llevar a cabo estos objetivos, el trabajo se detendrá en primer lugar en señalar que la lógica de desarrollo capitalista contemporáneo conduce por un lado a incrementos de la desigualdad y de la exclusión y, por el otro, a consumos que son el fruto de una necesidad de diversificación y búsqueda de ganancia del capital antes que de una demanda autónoma de la población. Este hecho implica una contradicción ya que al mismo tiempo que el acceso a crecientes niveles de consumo es planteado como el camino central para alcanzar mayores niveles de bienestar, un conjunto creciente de población queda privado no solo de incrementar sus niveles de consumo sino de mantener los niveles mínimos que poseía.

En un segundo momento el trabajo planteará los términos centrales del debate sobre el concepto de bienestar protagonizado por las corrientes subjetivista y objetivista. Este debate provee las bases de una redefinición conceptual que es útil para delinear una estrategia de consumo básico universal con potencial para reducir la desigualdad y evitar la exclusión.

En tercer término, el trabajo someterá a crítica la predominante política de combate a la pobreza señalando sus limitaciones conceptuales y las dificultades y problemas que ocasiona su implementación.

Seguidamente y a través de la redefinición de la relación entre consumo y bienestar, se delinearé una estrategia de consumo básico. Esta se asienta sobre un componente de ingreso monetario y otro de servicios públicamente financiados. El componente ingreso a su vez se constituye con elementos incondicionales (no exigen una tarea a cambio) y condicionales. De esta forma se pretende ir más allá de una perspectiva de reciente desarrollo en el campo de la política social que propone una política de ingreso social o ingreso ciudadano destinada a garantizar un consumo mínimo. En este tema expondré mi visión de que si la estrategia de ingreso social no se complementa con otra de servicios públicamente financiados no será posible alcanzar aquel consumo básico que es la base del bienestar.

Por último se abordarán aquellos elementos no relacionados con el consumo que son también constitutivos de una situación de bienestar

CAPITALISMO, DESIGUALDAD Y EXCLUSION

Es sin duda un lugar común señalar que la lógica de la producción capitalista, al implicar la necesidad de disminuir costos y elevar la productividad, agudiza el proceso de reemplazo de mano de obra por capital y precariza la situación de la fuerza de trabajo cuando el contexto socio-político lo facilita. Ahora bien, cuando el ritmo de absorción de mano de obra cae por debajo del incremento demográfico y de la oferta de fuerza de trabajo, como parece ser en forma exacerbada la situación actual, genera tanto población en disponibilidad con capacidad para insertarse en el mercado si su trabajo es requerido (ejército de reserva), como población sin capacidad de inserción (población excedente) por reunir menores calificaciones que las necesarias para ocupar puestos en la economía capitalista moderna.

Si bien la existencia del ejército de reserva cumple un papel disciplinador al limitar las demandas de los ocupados y erosionar sus salarios y condiciones de trabajo, es cuestionable que la población excedente sea hoy funcional al sistema capitalista. Son simplemente prescindibles como productores e insignificantes como consumidores. Revisemos esto más detenidamente: la “masa marginal” existe hoy como ayer, pero en el pasado constituía fundamentalmente ejército de reserva, esto es, tenía condiciones de insertarse en el proceso productivo en los momentos de auge del ciclo económico generalmente asociados a un mercado de trabajo con pleno empleo. En otras palabras, existían momentos en el capitalismo liberal en el que desaparecía el ejército de reserva mientras que las políticas sistemáticas de pleno empleo del capitalismo keynesiano lo suprimió totalmente. Por otra parte, era meritorio que el capitalismo del siglo XIX y buena parte del XX aumentara con gran dinamismo los puestos de trabajo aún tratándose de tiempos en los que el incremento de la oferta demográfica era sustancialmente mayor que la actual.

Hoy por el contrario, la masa marginal contiene un importante sector de población excedente que no posee las condiciones necesarias para ser demandada por un capitalismo que, además, genera menor inserción laboral ya que la relación entre crecimiento económico y creación de puestos de trabajo no tiene la fuerza que poseía en el pasado. El horizonte hoy en el mercado de trabajo es por lo tanto excluyente más que integrador, al revés de la dinámica de las etapas liberal y keynesiana (ISUANI 1998).

Por otra parte, mientras el ejército de reserva sufre el poder disciplinador del desempleo, la población excedente comienza a sospechar que deberá desplegar estrategias de sobrevivencia que no pasan por la espera de una oportunidad de ocupar puestos en la economía moderna como sucedía con generaciones anteriores. La represión indirecta que implica el miedo a no poder acceder al mercado de trabajo formal pierde para ella razón de ser.

Estos fenómenos generan un serio problema al desarrollo del capitalismo. Por un lado y en la medida que la producción moderna requiere niveles más sofisticados de

conocimiento, el miedo al desempleo no facilita el despliegue de todas las capacidades creativas de la fuerza de trabajo. Por otro lado, una población excedente que no tiene mucho para perder se erige en un serio problema a la existencia de una sociedad civilizada. Por ello es sumamente discutible la efectividad de una estrategia destinada a “mantener a raya” a los trabajadores mediante la vigencia del ejército de reserva o la constitución de “apartheid” en relación a la población excedente. Y surgen voces que plantean que una sociedad preocupada por el bienestar de su población en todas sus dimensiones tendrá mas oportunidad de desarrollo que aquellas que apuesten a la hostilidad hacia trabajadores y excluidos. No hay evidencia empírica suficiente para sostener que favoreciendo el proceso de acumulación a expensas del consumo y bienestar poblacional se consigan mejores resultados en términos de crecimiento económico (SEN 1998). Si hay evidencia, por lo contrario, de la virtual desaparición de la convivencia civilizada en sociedades que favorecen ese tipo de proceso de acumulación.

Con el proceso expuesto como telón de fondo, las sociedades capitalistas contemporáneas están sujetas a un aumento constante de la desigualdad que se expresa en el terreno de la propiedad, del consumo, del poder, del conocimiento y de las posibilidades culturales entre otros aspectos.

Este periodo histórico de creciente desigualdad plantea un horizonte adverso para la ilusión de una sociedad igualitaria que guía a buena parte de la humanidad desde la revolución francesa. Algunos estudios sobre América Latina intentan ilustrar este proceso y relevar sus determinantes. Dos de ellos son un estudio del Banco Interamericano de Desarrollo (BID 1998) y el informe anual de la CEPAL sobre la situación social regional (CEPAL 1997) y ambos muestran a América Latina como una región de alta y creciente desigualdad.

El estudio del BID, basado en encuestas de hogares plantea que el 5% más rico de la población latinoamericana y del Caribe dispone del 25% del ingreso y el 10% más rico se apropia de 40% del mismo. En el sudeste asiático el 5% más rico recibe el 16% de los ingresos y en los países industrializados el 13%. Mientras tanto el 30% más pobre recibe en nuestra región el 7,5% y en los países industrializados alcanza el 13%.

El coeficiente de Gini¹ (clásico indicador de desigualdad) tiene un valor mínimo de 0,43 para Uruguay y un máximo de 0,59 para Brasil. Para tener una perspectiva, el rango de variación de este coeficiente en 100 países para los que hay información disponible, es de 0,25 a 0,60; de esta manera los coeficientes de los países de la región se encuentran en la zona de mayor desigualdad del rango de variación mundial.

Analizado su comportamiento temporal, la información ofrecida por el estudio indica que en la década del setenta se produjo una disminución en el valor del coeficiente (denotando avances en la igualdad) de 0,58 a 0,54. Desde allí y hasta mediados de los noventas, donde finaliza la serie histórica presentada, el coeficiente volvió a empinarse hasta 0,58.

¹ Varía de 0 (máxima igualdad) a 1 (máxima desigualdad)

Este esfuerzo de reunir y presentar información sobre un fenómeno social tan crucial como la desigualdad y de asegurar comparabilidad debe ser bienvenido. El estudio no obstante, presenta serias dificultades cuando pretende ahondar sobre las causas de dicha desigualdad. En este terreno veamos cual es el planteo.

Comienza poniendo en duda que el patrimonio acumulado por un conjunto relativamente pequeño de individuos sea la razón fundamental de la desigualdad y sostiene que la misma es fundamentalmente un problema de las grandes disparidades salariales que afectan a los trabajadores, específicamente entre el 10% de mayores ingresos y el resto de la población. La conclusión es simple y directa: las desigualdades fundamentales no son entre propietarios de capital y trabajadores sino entre estos últimos. Un hallazgo extraordinario que merecería el premio Nóbel de economía. En vez de reconocer las limitaciones de las encuestas de hogares para detectar patrimonio e ingresos de los más ricos, el estudio termina concluyendo que lo que el instrumento metodológico no ve, simplemente no existe, a pesar de doscientos años de teoría social que indica lo contrario.

El estudio concluye realizando una profesión de fe en que la creciente desigualdad será revertida cuando se superen “las primeras etapas del desarrollo” por las que la región estaría atravesando pero, contradictoriamente y como señalé, en otra sección del estudio se afirma que entre los sesentas y la primera parte de los ochentas la desigualdad disminuyó en la región, sin que se intente explicación alguna de este periodo de mayor igualdad existente en el pasado.

Existen también elementos sorprendentes como la afirmación de que una vez que mayor proporción de la fuerza de trabajo se incorpore al sector formal “la desigualdad tenderá a reducirse”. Aparentemente los autores del informe no han tomado nota de la evolución y tendencias del mercado de trabajo en las dos últimas décadas con la reducción del sector formal y la mayor precarización que lo afecta, ni de principales debates sobre el futuro del mercado de trabajo que no permiten ser optimistas al respecto.

Otra sorpresa es la sugerencia de que la desigualdad en la región está determinada, entre otros factores, por la “latitud”. El estudio afirma que en general “los países tropicales.....tienden a ser mas desiguales” y que mientras las tierras templadas han favorecido la cooperación, las tropicales han promovido la esclavitud. En este análisis no existen actores sociales o políticos, desarrollos institucionales, etc.. La goebeliana afirmación de que el grado de latitud determina la desigualdad, conduce al terreno del ridículo.

Los otros factores que “explican el exceso de desigualdad en la región” son la educación, el tamaño de la familia, la zona de residencia y la ocupación, variables denominadas en el estudio: “Causas de la Desigualdad”. La conclusión es obvia: mayor educación, menor familia y mejores ocupaciones reducirán la desigualdad, lo que es tan desatinado como decir que si la gente cambia de latitud o deja de vivir en el campo habrá contribuido a una creciente igualdad. Impacta que los autores no hayan comprendido que asociación de variables no implica causalidad como sabe cualquier estudiante con formación en metodología de la investigación. Por esta vía de pensamiento se podría llegar a concluir que un programa masivo de esterilización

aplicado en los sectores mas pobres contribuiría a reducir la desigualdad, lo que obviamente constituye un disparate.

El estudio de la CEPAL, una institución con larga experiencia en el análisis social, no comete los errores del trabajo recién comentado. De esta forma plantea la importancia del patrimonio adquirido y de los contactos asociados al mismo en la reproducción y ampliación de la desigualdad. La transmisión generacional del patrimonio, de los contactos y de la mayor y mejor educación aparecen como factores centrales del fenómeno de la desigualdad. El informe no avanza en la detección de otros factores estructurales de naturaleza social y política. De cualquier manera establece, a diferencia del estudio del BID, que los ingresos provenientes del patrimonio está altamente concentrados

Un punto interesante del informe es lo que denomina transmisión generacional de oportunidades de bienestar y que significa que el mayor capital de relaciones de los hogares de nivel económico más alto se traduce en mayor promedio de ingresos de sus jóvenes aunque trabajen en los mismos grupos ocupacionales y tengan similares niveles de educación que los jóvenes provenientes de los otros hogares.

Es preciso retomar entonces la rica tradición de las ciencias sociales para explicar el surgimiento de la desigualdad como proceso social y político. La dinámica que asume el proceso de acumulación, el patrimonio amasado, el poder político y social de grupos e individuos, las políticas públicas, el acceso a fuentes ocupacionales y de ingreso a los que dicho poder conduce, la información y conocimiento disponibles, son los factores mas importantes para explicar el fenómeno de la desigualdad.

Detengámonos un instante para analizar una perspectiva que está presente en ambos trabajos mencionados, que ha obtenido amplia difusión y que establece que la educación es un pilar básico para la superación de la desigualdad. El diagnóstico parte del supuesto que es la falta de calificación la que inhabilita para ocupar un lugar en el mundo del trabajo moderno y por ende, un esfuerzo masivo de elevar el nivel de educación permitirá un amplio acceso al mercado de trabajo y de esta manera se reducirá la desigualdad social.

Sin lugar a dudas el argumento presenta debilidades al sugerir que las oportunidades del mercado de trabajo dependen del nivel de educación alcanzado. En verdad es la dinámica del desarrollo capitalista y no el nivel de educación el determinante de la cantidad de puestos que el mercado ofrece. Obviamente que estos puestos requieren a los más capacitados, pero si todos tuvieran el mismo nivel de capacitación, un porcentaje de estos quedaría de todas maneras fuera del mercado de trabajo formal. De facto, el trabajo de la CEPAL, sugiere que a pesar del avance educativo experimentado en la región en los últimos tiempos, ello no se ha traducido en una mayor igualdad sino todo lo contrario, indicando que hay otros factores más importantes en la determinación de procesos hacia mayor igualdad.

Puede argumentarse que los de mayor nivel de educación tendrán más posibilidades de ocupar las actividades mejores remuneradas, pero la conclusión es entonces, que la educación es un factor central solo para la ubicación que el individuo ocupe en el

mercado de trabajo. Es más, un alto nivel de calificación en exceso de la demanda del mercado introduce mayor desigualdad: a igual calificación unos poseen acceso a la modernidad con sus beneficios anexos y otros no.

Indudablemente la mayor educación es positiva para sus portadores aun cuando no consigan ingresar en el mercado formal, ya que esta mayor educación podrá permitirles encontrar más opciones de generación de ingreso de manera autónoma o microempresaria en comparación con los sectores sociales de menores credenciales educativas, pero tampoco éste hecho implica necesariamente reducción alguna en la desigualdad social.

En los últimos doscientos años, libertad e igualdad han sido valores centrales de la filosofía política; mientras el liberalismo direccionó su prédica y acción en garantizar la primera, el socialismo hizo centro en la segunda. En el contexto en el que nos desenvolvemos es posible pensar en avances en términos de libertad y participación, al menos para una parte de la sociedad, pero difícilmente pueda pensarse en avances en materia de igualdad.

Si bien es mucho lo que puede hacerse para que los sectores más desaventajados de la sociedad logren niveles de vida considerados humanos en términos de acceso a recursos materiales y conocimientos, no es fácil lograr que disminuyan las distancias que los separan de quienes están utilizando a pleno su poder político y económico y su capital simbólico. El ritmo de avance de estos es mayor que el de aquellos, contribuyendo a potenciar las desigualdades. Este razonamiento está en la base del planteo de Robert Reich (REICH 1991) quien sostiene que las diferencias entre los que denomina “analistas simbólicos”, esto es los trabajadores del sector moderno de la economía, y el resto de los trabajadores de la producción y los servicios, tenderá a agigantarse en términos de recursos y oportunidades.

Y este hecho se basa en que además de los factores individuales (esfuerzo, suerte) que determinan resultados diferenciales en términos de acceso a bienes materiales y simbólicos, existen los que podrían denominarse factores iniciales. Estos implican que los logros de las personas en materia de alcanzar una meta no dependerán solo de que estén alineadas en un mismo punto de partida, sino que su capacidad de correr velozmente para alcanzar la meta dependerá también de otros factores; algunos poseen en la línea de largada mejores condiciones físicas fruto de una “inversión” anterior (mayor entrenamiento) que aunque no garantiza su éxito en la carrera, lo potencia enormemente. Es decir, las condiciones iniciales en términos de riqueza adquirida, de control sobre la producción, contactos familiares y entorno cultural, todos ellos factores que son “externos” a los individuos (no dependen del esfuerzo de estos), son también determinantes de su futuro. (SOLIMANO 1998)

Por esta razón, la igualdad de oportunidades puede ser considerada de estricta justicia cuando se aplica a quienes poseen condiciones similares en el punto de partida pero no cuando estas condiciones son diferentes o aun más, muy diferentes. La desigualdad de origen refuerza la desigualdad de resultados y solo la discriminación positiva (dar más a quien tiene menos) puede ser el factor contribuyente a mayor igualdad de resultados. La aplicación de dicha discriminación positiva está limitada, sin embargo, por la dinámica

de la lucha distributiva en las sociedades que no suele inclinarse, por lo general, en favor de los más débiles.

CAPITALISMO, CONSUMO Y BIENESTAR

La lógica competitiva del sistema capitalista desarrolla en las empresas (cuando no existe una situación monopólica u oligopólica) una tendencia a reducir los precios y los costos de los bienes y servicios que ofrecen en el mercado, tanto para evitar ser desplazadas por competidoras como para evitar caídas en la tasa de ganancia. El resultado no obstante, acaba siendo, junto con la caída del precio, una reducción de la ganancia esperada que las obliga a buscar la producción de mejores o nuevos bienes y servicios donde puedan reencontrar el beneficio esperado. Este fenómeno las impulsa a desplegar una capacidad de innovar y diversificar producción que es la fuente de la potencia productiva capitalista y también las empuja a crear demanda para los nuevos bienes y servicios.

La interacción entre competencia y búsqueda de ganancia origina por lo tanto dos importantes consecuencias. Por un lado una oferta de bienes cuyo precio tiende a caer y por el otro, una necesidad imperiosa de diversificación e innovación que permita producir nuevas áreas de generación de lucro. Nos encontramos así con la existencia de un fenómeno positivo, esto es, la disponibilidad a precios decrecientes de bienes y servicios que satisfacen necesidades humanas y que benefician a quienes los demandan y otro, no tan positivo, que nos indica que una porción de los bienes emanados de la fábrica capitalista, fruto de la necesidad de encontrar nuevas áreas de rentabilidad, pueden ser irrelevantes o inclusive negativos para el bienestar de las personas; son en pocas palabras el fruto de “inventar” necesidades.

Aparece así un interesante contraste entre empresas competitivas y monopólicas. Las primeras precisan de la innovación y por ende acaban generando productos mas baratos, con mayor calidad y/o cantidad, aun cuando para ello caigan en la necesidad de forzar la creación de demanda. Las segundas no tienen necesidad de innovar, pueden ofrecer productos caros y aun de baja calidad, pero no se ven compelidas a crear nuevas necesidades.

Indudablemente no existe un sistema social alternativo al capitalismo que haya probado ser más creativo y pujante y esto se debe a que contiene dos elementos que son centrales para la innovación y la pujanza: por un lado, la competencia que obliga al capitalista a dar lo mejor de sí para mantenerse y avanzar en el mercado y la existencia de incentivos materiales, la ganancia, que constituye la recompensa por participar en la competición productiva. Además la naturaleza humana que pretende experimentar siempre cosas nuevas, destacarse, etc. es un poderoso motor que liga a los individuos con un sistema que ofrece responder a aquellos impulsos.

Claramente estos elementos le han otorgado superioridad sobre sistemas donde los bienes y servicios se definen, producen y distribuyen de acuerdo a criterios políticos o burocráticos. No obstante, es necesario reconocer también que la provisión pública de ciertos bienes y servicios ofrece la posibilidad de superar aquella limitación central que

señalé presenta hoy el capitalismo: no ofrece a amplios sectores sociales, capacidad de inserción en el sistema productivo y por lo tanto los priva de ingresos que les permitan acceder a consumos básicos.

En la medida en que tanto el ejército de reserva como la población excedente dejan de ser consumidores de relevancia de la sociedad capitalista y, especialmente cuando el contexto sociopolítico posibilita una creciente concentración de la riqueza en los sectores de mayores ingresos como las que experimentan las sociedades actuales, se refuerza la tendencia del capital a acentuar la producción de una oferta de bienes y servicios nuevos destinados a generar ganancias y cuya demanda debe ser creada fundamentalmente en los sectores de poder adquisitivo. Reich plantea este proceso como el cambio de una estrategia productiva orientada al volumen (propia de la etapa keynesiana) hacia otra que apunta al valor, o en otros términos, a crear una demanda de productos cada vez más complejos y sofisticados para los sectores de mayores ingresos. Mientras esto sucede, un conjunto importante de la población mundial no alcanza, o aun pierde acceso, a bienes que permiten un consumo básico.

Es momento de introducir el concepto de bienestar para relacionarlo con el proceso que adquiere el desarrollo del capitalismo contemporáneo sintetizado precedentemente. La lógica de razonamiento capitalista asocia positivamente bienestar con niveles de consumo. En otras palabras, a mayor consumo mayor bienestar. Para ello cuenta como aliada una publicidad de alcance global que plantea con herramientas crecientemente seductoras, que el bienestar tiene como fuente el acceso a consumos cada vez más diversos y sofisticados. Para abordar este tema es necesario entonces profundizar el análisis del concepto de bienestar y de su relación con el consumo.

El debate sobre el concepto de bienestar incluye en primer término a quienes sostienen que se trata de un concepto estrictamente subjetivo (pluralismo). Para esta corriente basada en las teorías utilitaristas, el bienestar se obtiene a través de dar respuesta a los deseos o preferencias de los individuos. Para cada uno de ellos entonces, el bienestar tendrá una definición particular y por ende podrá implicar cosas diferentes y aun antagónicas a las que definen bienestar para otros individuos. Como ha sido señalado, sin embargo, el enfoque no está ajeno a dificultades (QIZILBASH 1998). Por ejemplo, la satisfacción del deseo de fumar puede colisionar con el deseo de no hacerlo dado su efecto negativo sobre la salud causando disonancia y malestar al individuo; por otra parte, saber que se poseen limitaciones puede ocasionar deseos adaptativos como podría ser el caso de alguien privado de su libertad y que conociendo que ciertos deseos lo llevarán a la frustración, adapta los mismos a lo que efectivamente está a su alcance realizar. La falta de autonomía y libertad no nos permite hablar de bienestar tampoco en este caso. En esta línea argumental utilitarista podría llegarse al absurdo de afirmar que el bienestar de un individuo que disfruta haciendo sufrir a otros, consiste en la sistemática satisfacción de este deseo.

En otra posición están quienes afirman que pueden elaborarse parámetros objetivos para definir que es el bienestar (objetivistas) y por ende independizarlo en alguna medida de los deseos individuales. El bienestar en este caso podría no coincidir plenamente con lo que cada individuo estima que sí lo es. Obviamente, la dificultad que posee este enfoque, como sostienen los subjetivistas, es determinar lo que constituye objetivamente

bienestar sin caer en una construcción externa a los individuos definida por otros individuos: poderosos, sabios o mayorías.

Sin escapar totalmente de este problema algunos autores como Quizilbash sostienen que el bienestar puede ser definido a partir de consensos sobre cuales son los elementos que lo constituyen. Argumenta que, consultados independientemente, los individuos tenderán a incluir como elementos constitutivos del bienestar un conjunto de valores del cual puede extraerse un núcleo compartido constituido por lo que denomina valores prudenciales.

Amartya Sen (SEN 1992a) plantea el bienestar en términos no de acceso a bienes sino como la disposición de libertad o capacidades, específicamente capacidades de elección. Se diferencia de quienes asocian calidad de vida exclusivamente con logros (obtener cosas, consumo). De esta manera la calidad de vida se mide en términos de capacidades de funcionamiento antes que disposición de bienes y recursos y por ende no puede ser medida en términos de ingreso del individuo; Libertad positiva y funcionamiento valioso son valores en sí mismos; los recursos, solo medio para lograrlo. Bienestar es para el autor, funcionamiento valioso. Esta perspectiva no obstante, introduce la necesidad de definir que es un funcionamiento valioso o bienestar, remitiendo nuevamente a la posición objetivista y a la crítica pluralista.

No parece haber entonces una solución de compromiso entre objetivistas y pluralistas. Estos, y más allá de las objeciones que se les realiza, insistirán en que nadie está en condiciones de definir que es bienestar para otra persona; cualquier intento es arbitrario e incapaz de reconocer la diversidad de los individuos y sus culturas. Los objetivistas sostendrán que existen condiciones para definir el bienestar aún cuando se admita que puede asumir formas distintas para los diversos individuos y sociedades.

Más allá de las fortalezas y limitaciones de ambas posiciones puede rescatarse de la postura objetivista la posibilidad de obtener un cierto consenso sobre el mínimo de elementos o componentes que son básicos o esenciales para lograr bienestar. La base de este razonamiento radica en que, puestos los individuos a definir los elementos constitutivos del bienestar, pueden extraerse de las distintas posiciones individuales, elementos básicos que serían universalmente aceptados.

Esta aceptación genera la posibilidad de un ejercicio legítimo como es definir que constituye una vida más humana. Y precisamente por ser universalmente compartido genera el derecho a convertirse en un programa que merece ser llevado a la práctica y que demanda acción política. Esto surge en definitiva de que el bienestar no es solo un hecho individual; es también un hecho social. Mi deseo subjetivo de provocar incendios es solo posible de ser contrarrestado a partir de aceptar la existencia de un orden superior a la libertad individual y esto claramente es siempre conflictivo y se define políticamente. La existencia de un consenso universal sobre los consumos mínimos necesarios para el bienestar, no obstante, permite evitar las preocupaciones subjetivistas de que toda definición externa al individuo es arbitraria ya que difícilmente pueda existir consenso en que la pureza étnica es un componente básico del bienestar. De paso, la defensa de la visión subjetivista es también una defensa política, generalmente de los mejor posicionados socialmente.

Como dije anteriormente, las sociedades capitalistas han difundido la noción que el bienestar se asocia al consumo y por lo tanto mayor bienestar equivale a mayor consumo. Pero el consumo no solo es provocado por necesidades físicas sino, y fundamentalmente más allá de un cierto nivel, por rasgos de la condición humana y por imperativos sociales. Sin duda la búsqueda de derrumbar límites es un rasgo de la naturaleza humana; experimentar cosas diferentes, alcanzar lo que otros no han alcanzado. Por ello el consumo es un camino para dar respuestas a estos imperativos. La competencia por consumo es uno de los torneos cotidianos en la vida humana. A través de ella se envían mensajes sobre el propio éxito, se intenta generar admiración, respeto, autoridad. Un almuerzo cotidiano puede ser una reunión de personas para consumir algunos alimentos pero una fiesta de cumpleaños puede ser mucho más: desde los tipos de alimentos que se incluyen, la forma de presentación. Se busca agradar, compensar, influir (PNUD 1998a).

Pero la existencia de individuos que experimentan bienestar con un consumo mínimo de bienes y servicios podría ser tomado como ilustración de que el bienestar no se asocia necesariamente a niveles creciente de consumo. En el otro extremo, es posible pensar que la ausencia de bienestar puede afectar a individuos con un amplio acceso a sofisticados consumos. Por último es incuestionable afirmar que debajo de un cierto nivel de consumo sencillamente no es posible el bienestar.

Es posible entonces pensar en la existencia de un conjunto de elementos que constituyen un consumo básico y que son requisitos indispensables para bienestar, y que si bien surgen de una definición externa tienen como base un extendido consenso sobre su pertenencia al mundo del bienestar.

Si existen individuos que pueden disfrutar de bienestar (sentirse bien) con un consumo mínimo, quizás podamos tener una clave para pensar que existe un consumo más allá del cual el bienestar no aumenta significativamente, simplemente no aumenta o aun puede disminuir. Avanzando en esta dirección se podría llegar a definir, sin pretensión de exhaustividad, un núcleo de necesidades de consumo sobre las que existe consenso que deben ser cubiertas para acceder a bienestar.

Una persona (o familia) austera podría constituir un ejemplo que nos proporciona algunas claves: se trata de una persona que se alimenta con un conjunto limitado de productos alimenticios que reúnen los requisitos calórico-proteicos necesarios para una adecuada nutrición. Vive en una modesta vivienda, aunque no precaria, con acceso a agua potable, dispositivos sanitarios, iluminación eléctrica y artefactos de calefacción que le permiten enfrentar el invierno; posee un mobiliario sencillo, un limitado conjunto de prendas de vestir y enseres domésticos. Puede acceder a transporte cuando lo precisa, tuvo acceso a una educación media completa y puede utilizar servicios salud cuando no alcanzan los cuidados que el mismo o su familia y amigos pueden brindar. Estos son los consumos a los que nuestro ejemplo puede acceder.

Pero además realiza otras actividades que le producen placer: producir algún bien artesanalmente, leer, participar o presenciar eventos deportivos. Por último vive en armonía con su entorno; recibe y transmite afecto, y vive en una sociedad donde puede

expresarse libremente, prevalece la civilidad, el respeto por lo público y la justicia. En este contexto y mas allá de los sufrimientos que requiere la condición humana (por ejemplo, debe ganarse su sustento con un trabajo que no lo satisface totalmente) nuestro austero ejemplo se siente bien: posee bienestar.

Seguramente existen algunos otros elementos básicos que no he señalado y que deben ser incorporados a la enumeración anterior pero seguramente que los mencionados son centrales para explicar el bienestar del que disfruta nuestro ejemplo.

LA LUCHA CONTRA LA POBREZA

La falta de acceso a ese consumo básico debajo del cual no es posible pensar en la existencia de bienestar constituye lo que podría denominarse pobreza y esta ha sido erigida por la elites económicas y políticas en el etapa neoliberal, en el principal problema social a enfrentar. Pero que relación existe entre el concepto de pobreza predominante y mi visión del consumo básico como base del bienestar?. Intentaré responder a esta pregunta.

Entre las diversas concepciones de pobreza (SEN 1992b) existe una que se ha impuesto en la mayoría de las comparaciones témporo-espaciales; se trata del denominado enfoque biológico por estar fuertemente inspirado en la noción de sobrevivencia, colocando al hambre como indicador central.

El concepto biológico de pobreza apunta a identificar quienes en una sociedad no alcanzan a disponer de un conjunto mínimo de insumos calórico/proteicos definidos como necesarios para garantizar el adecuado funcionamiento del organismo humano. Aquellos que no logran este mínimo se encuentran en una situación de pobreza absoluta o indigencia, fenómeno asociado a la debilidad física, el subdesarrollo mental, la corta esperanza de vida. Esta visión es extraordinariamente mas estrecha que la planteada por el concepto de consumo básico.

El concepto biológico se extendió, no obstante, para incorporar bienes y servicios que sumados a una alimentación mínima, permiten responder a otras necesidades básicas: abrigo, movilidad, energía, entre otros. Esta dimensión del concepto es relativa ya que depende del nivel de desarrollo alcanzado por la sociedad. Como en el caso de la pobreza absoluta, su dimensión relativa intenta identificar a quienes no alcanzan el consumo de ciertos bienes básicos no alimentarios. Esta acepción del concepto coincide en principio con mi visión del consumo básico de bienestar, pero antes de volver a este punto es necesario hacer algunas aclaraciones sobre aspectos prácticos en la operacionalización del concepto biológico de pobreza.

Cuando llega el momento de medir su nivel de incidencia, se abren dos vías: la determinación de carencias de consumo se realiza intentando identificar los bienes y servicios a los que acceden las personas o bien a través de un camino indirecto: conocer el ingreso que estas perciben y su relación con el valor monetario de aquella canasta de bienes y servicios que se ha convenido determina la pertenencia o no al mundo de la pobreza.

El primer camino plantea serios problemas de medición: si bien no es excesivamente complicado determinar los requisitos calórico-proteicos necesarios para la sobrevivencia o definir una canasta de alimentos específicos para satisfacer dichos requisitos, es extremadamente difícil y costoso medir el acceso al consumo alimentario de personas y familias: supone la elaboración y aplicación de encuestas complejas, tiempo considerable de observación e “invasión de la privacidad”. Más complicado aún es definir los umbrales mínimos de los consumos no alimentarios ¿cuáles son los parámetros sobre utilización de vestimenta, uso de energía o movilidad?. De hecho, la definición de umbrales mínimos exige una dosis no despreciable de arbitrariedad. Por esta razón dichos consumos terminan generalmente definiéndose como un porcentaje del consumo total. El concepto de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) intenta constituir una herramienta relativamente sencilla para capturar acceso a bienes y servicios pero utiliza un conjunto muy limitado de indicadores obtenidos a partir de datos censales: nivel educativo, acceso a dispositivos de saneamiento y características de la vivienda. Entre lo que mide y lo que pretende medir existe una brecha considerable.

La dificultad y el costo de medir consumos en forma sistemática ha empujado al uso del ingreso o de la línea de pobreza como método indirecto sobre el supuesto de que el ingreso disponible se trasladará al consumo de la canasta básica. A diferencia de la medición del consumo, la del ingreso resulta más simple, pero de modo alguno libre de problemas, que paso a puntualizar.

Una persona que posee el ingreso suficiente para traspasar el umbral monetario de la pobreza, pero vive hacinado con su familia en un tugurio, sus hijos han desertado de la escuela, no posee acceso a servicios de salud, o lleva ya un largo tiempo en trabajos precarios sin protección social alguna, no será considerado pobre por la medición aunque lo sea para otras conceptualizaciones de pobreza. Tampoco el concepto puede dar cuenta de la desigual situación de individuos o familias con ingresos por debajo de la línea, pero pertenecientes a habitat diferentes, con patrimonios diferentes, con conocimientos, habilidades y destrezas diferentes y con acceso, o no, a servicios de salud y educación gratuitos. Esta dificultad llevó a la introducción de nuevos conceptos que intentan reflejar procesos de movilidad descendente. Así el concepto de “nuevo pobre” (MINUJIN 1992) surgió para identificar a quien privado de o con bajos ingresos disponía de patrimonio y habilidades legadas de su pasado, instrumentos de gran importancia a la hora de intentar el escape de la pobreza.

Adicionalmente, el método de línea de pobreza no está en condiciones de estimar el ingreso no monetario: personas con ingreso por debajo de la línea pueden estar recibiendo ayuda alimentaria y no alimentaria que de ser valorada monetariamente podría llevar a superar el valor de la línea e inclusive colocarlos en una mejor situación relativa que otros que están por sobre la línea pero no acceden a esa ayuda pública o privada. El concepto de pobreza por ingreso o línea de pobreza presenta además problemas de estimación ya que las personas tienden a no declarar en forma cabal sus ingresos.

También, la proporción de personas o familias debajo de la línea de pobreza en el total de la población o tasa de incidencia de la pobreza no nos dice cuan pobre son los pobres: por ejemplo, el promedio de ingresos de los pobres puede descender, sin que exista variación en esta tasa de pobreza. Esto es, no importa solo estar por debajo del consumo de una canasta o de una línea de ingreso sino también cuan por debajo de ello se está o cuan pobre son los pobres. La intensidad de la pobreza o la brecha de pobreza es más significativa que la sola proporción de pobres en la población. Sin embargo es la tasa de incidencia la que se utiliza generalizadamente en las mediciones y comparaciones, y la medida con la que suele juzgarse el éxito o fracaso de las políticas públicas sin tener en cuenta que descensos en la tasa de pobreza puede coexistir con mayor intensidad de la misma y viceversa.

Por último, el método de la línea de pobreza supone que el ingreso se dirige a la satisfacción de los considerados consumos básicos; pero debe suponer entonces una lógica de estricta racionalidad superadora de pobreza por parte de los individuos y desconocer las presiones por otros consumos que el contexto social impone a las personas. Así la presión de la oferta de bienes no ligados al consumo básico (sofisticados equipos de sonido, por ejemplo) pueden afectar y de hecho afectan el consumo de otros bienes que pueden ser considerados como básicos: una vestimenta más adecuada o un mejor sistema de protección contra el frío. Así debe tenerse en cuenta que el consumo, como dije anteriormente, no solo es provocado por necesidades físicas sino también por imperativos sociales.

En conclusión, son innumerables los problemas que plantea el dominante concepto de pobreza con basamento biológico y por ello puede estar siempre sujeto a cuestionamiento (BOLTVINIK 1992). Pero aun suponiendo que pudieran resolverse algunos de estos problemas por vía de contar con información abundante, sistemática y confiable sobre el acceso a bienes de consumo por parte de la población, de refinar nuestros indicadores o de convencer a los pobres que consuman “lo que es correcto” para salir de su condición, hay otros problemas a confrontar en relación a las políticas contra la pobreza predominantes.

En primer lugar, la pobreza con la que generalmente se define la línea de pobreza y que esta muy por debajo de lo que debería contener un consumo básico, base del bienestar. Por ejemplo, supongamos que nos proponemos superar la pobreza a partir de la definición biológica predominante, ¿que implicaría?, ¿cual es el valor de la línea de pobreza y el costo de resolver la pobreza?. Se utilizan dos líneas de pobreza en las comparaciones internacionales (BANCO MUNDIAL 1990); ellas son U\$S 275 y 370 anuales respectivamente. Debajo de la segunda línea de pobreza, esto es 1 dólar diario se encontraban a principio de la década de los noventas, un tercio de los habitantes de los países en desarrollo o algo más de mil millones de personas. El costo de saldar la brecha de pobreza para todos ellos implicaba 3% de consumo de los países en desarrollo. En el caso argentino, un estudio estimaba que resolver la brecha de pobreza equivalía a 2,2% del PBI (CIEPP 1998). Inclusive podría ser aún menor si pudiéramos contabilizar los programas alimentarios y asistenciales varios, públicos y privados, que reciben muchos de quienes están debajo de la línea de pobreza según sus ingresos declarados.

Claramente no es en la escasez de recursos donde descansa el problema de resolver la pobreza así definida. La dificultad radica en la dinámica de las relaciones de fuerza en la sociedad, en los proyectos políticos-sociales y en su viabilidad. Pero también ese bajo nivel de recursos plantea que la superación de la pobreza definida biológicamente no es sino un muy pobre objetivo de política. Una política de consumo básico es mucho más ambiciosa en términos de los recursos que demanda su implementación.

Las políticas contra la pobreza han carecido por otra parte, de integralidad con lo que es muy difícil erradicarla. Se brinda alimentación a un grupo social determinado pero no se satisfacen sus necesidades de habitación; se permite el acceso a servicios de salud públicos o al sistema educativo público pero no se provee ingreso para transporte o consumo de energía, etc. Estas acciones no están normalmente coordinadas para proveer a quienes están en situación de pobreza la posibilidad de acceder a los consumos necesarios para escapar de dicha situación.

Además un problema principal es la dificultad que han mostrado estas políticas para llegar a todos los que están por debajo del nivel de consumo definido. Y esto se debe a que no hay formas objetivas de determinar quienes son los pobres: Las encuestas de hogares y los censos pueden determinar cuantos son los pobres pero no quienes son. En consecuencia, el ejercicio de identificación es esencialmente discrecional y concluye la mayor parte de las veces degenerando en prácticas clientelistas que genera recursos para algunos pobres (y frecuentemente no tan pobres) y excluye a otros.

La ausencia de acciones convergentes para combatir la pobreza y la discrecionalidad con las que están administradas, termina otorgando algo pobre a algunos pobres entre los pobres.

Pasemos ahora a desarrollar la idea de consumo básico y su relación con el bienestar.

EL CONSUMO BASICO COMO DIMENSION DEL BIENESTAR

Cual es aquel consumo que constituye la base del bienestar y que permite a las personas dejar la pobreza en su sentido más amplio?. El ejemplo de nuestro austero individuo, expuesto en las páginas precedentes, da las bases para este ejercicio con toda su carga de discrecionalidad, pero al mismo tiempo asentado en el principio de que podría existir un amplio consenso sobre su contenido.

¿Cuales son entonces en definitiva las bases del bienestar?

Sin duda una alimentación que reúna los requisitos calóricos y proteicos necesarios para la vida pero de una mayor variedad que la que suele ser indicada en las definiciones utilizadas por el enfoque biológico, normalmente preocupada por lo que denomino “enfoque zoológico” compuesto de asegurar la dieta básica con el menor número de componentes alimenticios del menor valor posible. Un lugar para habitar no precario que constituya el ámbito íntimo y el refugio frente a las inclemencias del tiempo en condiciones de ausencia de hacinamiento. Acceso a agua potable y saneamiento básico. Enseres y mobiliarios básicos. Fuentes de energía que permita preparar y consumir los

alimentos, calefacción e iluminación entre otros usos; vestimenta y calzado, transporte al trabajo o al lugar de estudio, acceso a información, descanso y recreación. Alcanzar una educación no inferior a un nivel medio completo tanto para niños como para adultos. Disponer de atención médica y medicamentos.

El consumo de individuos y familias de una sociedad moderna no pueden ser menores a las indicadas y si bien no creo que haya realizado una descripción exhaustiva, es posible afirmar que constituyen el núcleo duro: son bases necesarias para el bienestar, alcanzables a partir de los recursos que nuestra sociedad dispone y deberían constituir el objetivo central de la política pública.

No todo lo que escape de un consumo básico, no obstante, debe ser considerado superfluo y de hecho otros consumos mas allá de los básicos pueden incrementar una situación de bienestar que ya se posee, pero podría elaborarse una lista de bienes y servicios que no son vitales para el bienestar y otros también que pueden ser negativos. Disponer de un horno de microondas o consumir helados pueden contribuir al bienestar pero su ausencia no lo elimina y el consumo de alcohol en exceso, tabaco o ciertos programas televisivos lo afectan negativamente.

En definitiva, no opino que el consumo mas allá de un básico sea desaconsejable; es una forma de satisfacer imperativos individuales y sociales pero también es claro que existen consumos conspicuos y depredadores de recursos naturales que surgen más de la necesidad del capitalismo de generar lucro que de la preocupación por el bienestar de los individuos y que son difíciles de justificar cuando existe una gran cantidad de individuos privados de un consumo básico.

Una sociedad que pretenda constituir una sociedad de bienestar debe romper la ecuación: mayor consumo=mayor bienestar y aceptar que hay un consumo básico sin el cual no es posible acceder al bienestar. Todo ello implica un enorme cambio en el comportamiento agresivo que el mundo de los incluidos tiene por los que se quedan afuera y en la indiferencia con la que asisten a la construcción de un mundo privado de civilidad.

Una sociedad inclusiva debe contener dos esferas claramente diferenciadas. Por un lado, aquella que asegure sobre bases universales aquellos consumos que constituyen la base del bienestar. Por otra parte una esfera donde el mercado pueda desarrollar toda su creatividad. Esta debe tener, no obstante, dos restricciones: por un lado, no depredar los recursos naturales y contaminar el medio ambiente. Además, deberá estar sujeta a una fuerte imposición que permita una redistribución significativa de recursos hacia la primera esfera.

Si aceptamos la existencia de un núcleo básico de bienes y servicios que posibilitan la producción de bienestar, estamos en condiciones de identificar políticas que pueden contribuir a asegurarlo y a estimar los costos que en un momento y lugar determinados puedan implicar.

Como lograr garantizar aquel consumo básico en sociedades sujetas a un significativo proceso de exclusión? Debe realizarse a través de una combinación de políticas que

provean ingresos por un lado y brinden servicios públicamente financiados, por el otro, en forma tal que no exista individuo en la sociedad que esté desprovisto de dicho consumo.

En relación al componente ingreso existe un debate sobre si debe ser incondicional (no genera la obligación de una labor a cambio) o condicional (sí la genera). Este debate esta sintetizado en las posiciones de André Gorz y Pierre Rosanvallon.

André Gorz (GORZ 1998) plantea que la sociedad capitalista contemporánea que pone en vigencia la obligación a trabajar para sobrevivir, es la misma que crecientemente reduce las oportunidades de trabajo y las que existen están sometidas a una profunda precarización. Critica además la noción de que el trabajo es un elemento de integración y cohesión social argumentando que éste fue resistido por su actores en el periodo fordista y prefordistas y se convirtió en elemento de alienación en el toyotismo donde el trabajador virtualmente reemplaza al empresario en una búsqueda frenética de mayor productividad y calidad. En esta dinámica funda su esperanza de que los trabajadores terminen aceptando que el empresario es un artículo superfluo. Por estas razones, se inscribe en la corriente que promueve asegurar un ingreso irrespectivamente de la labor, si alguna, que el individuo quiera realizar. Esto es, un ingreso incondicional que permita al individuo una vida digna sin estar obligado a insertarse en un mercado de trabajo.

Para Pierre Rosanvallon (ROSANVALLON 1995) cuando la falta de empleo se vuelve estructural y no coyuntural como en la situación presente, el ingreso ciudadano incondicional adquiere las características de un programa de sobrevivencia pero con escasa capacidad de trascender a la esfera del trabajo, fuente principal de identidad y reconocimiento social. Es decir, el ingreso sin la perspectiva del trabajo, se transforma en una forma denigrante de existencia: “asalaridar la exclusión”, lo define el autor. El excluido no solo sufre en su bolsillo (falta de ingreso) sino también en su identidad (obtenida a través del reconocimiento y la autoestima que produce el trabajo). De esta manera es conveniente otorgar un ingreso siempre que tenga como contrapartida un trabajo y preferiblemente acompañado por el requisito y la posibilidad de capacitarse, creando así mejores condiciones para el desarrollo de individuos y familias.

En relación a este debate, mis conclusiones son las siguientes: no parece haber llegado todavía la posibilidad de total independencia de las personas respecto al mercado de trabajo y de facto la mayoría de ellas realizan labores que de no mediar la necesidad del ingreso probablemente no realizarían. Puesto en otros términos, solo una muy pequeña fracción de la humanidad puede hoy “expresarse” a través de su trabajo y además obtener un ingreso. La gran mayoría “comienza a vivir” cuando termina su horario de trabajo. En otras palabras, siempre es preferible que el trabajo que se realiza guarde la mayor relación posible con los intereses y capacidades del individuo pero difícilmente el trabajo constituya un placer para la mayor parte de la humanidad. Esta aún no se encuentra en condiciones de liberarse del trabajo-obligación.

En consecuencia si el ingreso ciudadano tuviera un valor que efectivamente permitiera la “liberación” de la carga del trabajo-obligación para poder dar rienda a la propia creatividad, desaparecerían quienes cambiarían trabajo no deseado por salario o quienes asumirían los riesgos del cuentapropismo. Esto claramente no tiene viabilidad en una

sociedad capitalista y solo puede ser pensado para una etapa superior de la humanidad quizás un tanto lejana. Por otra parte a quien no pueda acceder a un consumo básico, la sociedad debe proveérselo y a cambio de este derecho el individuo tiene la obligación de realizar un aporte a la sociedad.

En base a la discusión anterior me inclino por la conveniencia de generar un programa de ingreso estructurado sobre una combinación de elementos condicionales e incondicionales. Específicamente, sostengo que debe existir un ingreso incondicional para aquellos que no pueden ni deben insertarse en el mercado de trabajo: los ancianos, por haber ya participado en él y los niños, por estar preparándose para ello.

Para la población adulta desocupada, debe existir un ingreso condicional a desarrollar actividades que promuevan sus capacidades (adquirir mayores conocimientos), signifiquen un aporte productivo o sean actividades útiles y relevantes para el individuo que la realiza y la comunidad donde se realiza. El ingreso en este caso debe ser el piso de la remuneración que reciben los que se encuentran en el mercado de trabajo. Por ello el ingreso que propongo deberá funcionar en la práctica como una suerte de salario mínimo que desalentará una explotación extrema de la fuerza de trabajo.

La manera más simple de operacionalizar este derecho es el otorgamiento de un ingreso a cambio de una labor por parte del beneficiario del ingreso. Quien esté dispuesto a realizar esta labor durante una jornada de trabajo recibirá sin más trámite el ingreso. El solo hecho de estar dispuesto a trabajar o capacitarse es un indicador automático de elegibilidad y evita las ya conocidas desventajas de aplicación del “means-tested” y el uso clientelar.

La combinación de ingresos condicionales e incondicionales garantizaría la existencia de individuos con un ingreso que les permita alcanzar una parte de los consumos necesarios para el bienestar. El consumo alimentario, la vestimenta, el mobiliario y enseres domésticos, deberían ser los tipos de consumos asegurados con estos ingresos.

Otros componentes del consumo básico deberían estar disponibles a través de servicios públicamente financiados. En primer lugar me refiero a la educación. El alcance de una educación media completa debe estar al alcance no solo de los niños sino también de los adultos. Para ello debe desaparecer un prejuicio que establece que hay una edad para estudiar y el que no lo hizo simplemente “perdió el tren”. Esto es perceptible en la escasa promoción e importancia que asignan gobiernos y sociedad civil a la educación de adultos, sin entender que un individuo que hoy no tiene acceso a ese nivel educativo simplemente no está en condiciones en comprender el mundo que le toca vivir y queda condenado a una ciudadanía de segunda clase, es decir a no ser ciudadano.

En segundo lugar los servicios de atención a la salud deben estar disponibles a todos los que lo precisen. En este aspecto es importante señalar que estos servicios deben estructurarse sobre bases racionales y orientados a prevenir y resolver los problemas de salud antes que ganar lucro empresarial. La provisión de agua potable y redes de saneamiento básico son un componente importantísimo de una política sanitaria adecuada. Por otra parte debe evitarse la subatención que muchas veces caracteriza a los servicios estructurados sobre burocracias.

En tercer lugar, el desarrollo de una política habitacional destinada a financiar o proveer habitación pública está en el centro de una política de consumo básico por el impacto que tiene sobre el bienestar de los individuos. Esta política habitacional debe articularse con la provisión gratuita de un nivel básico de energía para uso doméstico y transporte.

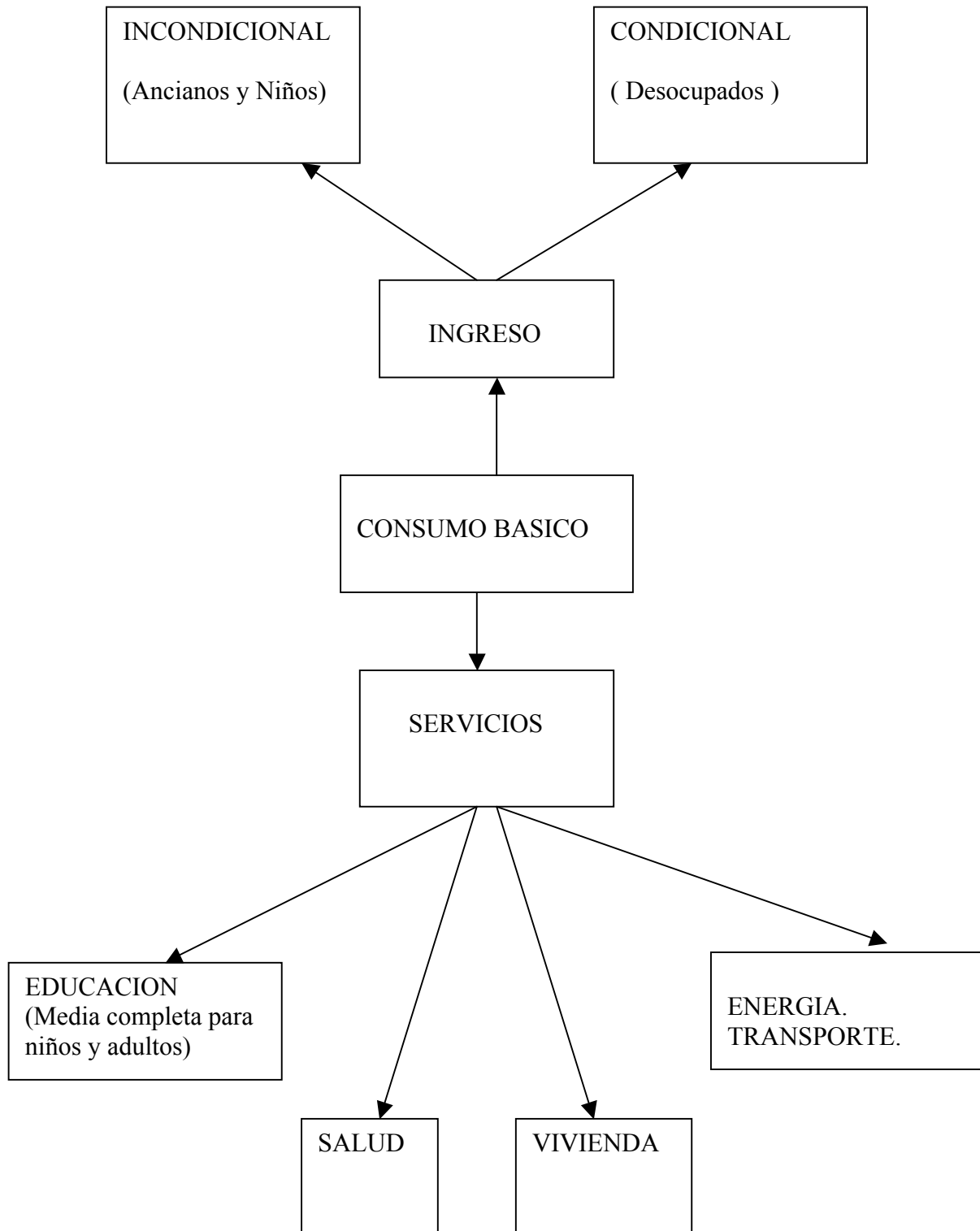
Las políticas destinadas a garantizar un consumo básico constituyen un todo que no admite tratamiento parcial. Ello quiere decir que programas que provean alimentación pero no abrigo, vestimentas pero no iluminación, vivienda pero sin acceso a la educación o la salud no contribuyen a generar aquel básico de bienestar. En consecuencia las políticas deben estar integradas y esto es imposible de ser realizado a partir de estructuras públicas sectoriales. Se necesita un centro que oriente y coordine los diversos esfuerzos sectoriales.

Sobre la pregunta de cómo financiar este esfuerzo, debemos partir por aceptar que las sociedades poseen un nivel de desigualdad creciente y aun cuando existan sociedades con escasez de recursos, esta no es la situación prevalente a nivel global. En otras palabras, están disponibles los recursos como para permitir que la humanidad acceda a un consumo básico. En ningún caso es aceptable que exista un consumo conspicuo cuando la sociedad no ha alcanzado un nivel básico de acceso a bienes y servicios sin que dicho consumo esté fuertemente sujeto a una carga impositiva destinada a posibilitar aquel consumo básico. A este respecto es muy interesante el análisis realizado por el PNUD (PNUD 1998a) en relación a la temática del consumo advirtiendo en forma descarnada sobre los riesgos de la profundización de pautas de consumos conspicuos y depredadores.

El gráfico de la siguiente página expresa la forma como concibo la estructuración de una estrategia de garantía de consumo básico, en base a ingresos condicionales e incondicionales y provisión de servicios públicos.

OTRAS DIMENSIONES DEL BIENESTAR

Pero además, y mas allá de este nivel de consumo básico, otros elementos también intervienen para definir una situación de bienestar. Este posee por lo tanto otras dimensiones que no tratan sobre acceso a bienes y servicios sino que refieren a aspectos un tanto inmateriales donde se decide un estado humano mas avanzado. Aquí es donde se incluye el desarrollo del conocimiento, la práctica de la autonomía y libertad, la puesta en vigencia de actitudes solidarias y civilizadas, la existencia de vinculación afectiva que ligue a los individuos y confiera sentido a sus vidas, el ejercicio de la libertad en todos sus planos, el acceso a la cultura o a labores que expresen la propia identidad, la participación social y política, etc.

COMPONENTES DEL CONSUMO BASICO

Un problema central de las políticas actuales contra la pobreza es presuponer que el bienestar de los individuos comienza cuando se accede al monto de ingreso necesario para traspasar una línea de ingreso generalmente pobremente definida. Pero también es posible que no posea bienestar alguien que accede a éste ingreso o experimenta un consumo mucho mayor que el básico si no accede a estas dimensiones del bienestar.

Es insuficiente centrar la política pública en torno del combate a la pobreza biológicamente definida o inclusive dirigirla exclusivamente a adquirir un consumo básico como el que he propuesto cuando esto coexiste con el empeoramiento de aspectos sustanciales para el bienestar. Más allá de que una persona por encima de la línea de pobreza pero sin una educación básica o acceso a servicios de salud no será considerada pobre por el enfoque biológico como sostuve en un apartado anterior, es importante saber si aquel que acaba de traspasar la línea de pobreza se encuentra, por ejemplo, en un entorno micro o macrosocial degradado por la incivildad y la violencia. El ingreso para salir de la pobreza puede estar garantizado, pero no el bienestar.

Así, nos encontramos en nuestras modernas sociedades con problemas emergentes que constituyen nuevas formas de marginalidad, incluyendo la violencia familiar y social, el alcoholismo juvenil, la droga-dependencia, etc, con un impacto extremadamente negativo sobre la calidad de vida aun de sociedades que han reducido a un mínimo las tasas de pobreza.

Algunos autores plantean el problema en términos de “advanced marginality” (WACQUANT, 1996) haciendo referencia no a aquella marginalidad, herencia del pasado, condenada a desaparecer por obra de la expansión de la modernidad, sino la marginalidad que está adelante nuestro por obra de las transformaciones neoliberales instalando el desempleo permanente o trabajos transitorios y precarios. A esto se agrega la privación social y el conflicto etno-racial que afectan a las grandes urbes americanas y europeas, dejando atrás la imagen de sociedades crecientemente homogéneas, igualitarias y pacíficas. No se trata ya de los ghettos negros de las ciudades americanas, territorios utilizados para protegerse de la dominación blanca y base de sustento a las expresiones sociales o políticas de reivindicación, sino purgatorios desde donde se hace lo imposible para escapar y peligrosos para sus propios vecinos por obra de depredadores de la calle.

Por otra parte, mayor consumo puede no conducir a experimentar bienestar cuando otras dimensiones del mismo no están presentes como surge de un estudio del PNUD en Chile donde la gente reconoce los avances económicos junto a un incremento del individualismo, la incertidumbre, la desconfianza hacia los otros y la inseguridad (PNUD 1998b)

La importancia de tomar en cuenta las varias dimensiones del bienestar es que no acceden a él quienes estando incluidos en la sociedad moderna, solo transitan el camino del consumo. En verdad lo único que hacen es renunciar o perder una cuota importantísima de bienestar (civildad, seguridad). El consumo de servicios de seguridad privado para responder a una sociedad violenta, por ejemplo, nunca puede

equiparse al vivir en una sociedad donde el problema de la seguridad es marginal porque simplemente no hay condiciones para que se convierta en tema central de preocupación.

El desarrollo de la civilidad o solidaridad son esenciales para que una agrupación humana experimente bienestar. El respetar y ser respetado, obtener ayuda o apoyo en los momentos difíciles, poseer seguridad de no ser agredido o violentado son elementos centrales del bienestar.

No obstante y sin negar que las políticas públicas pueden cooperar al desarrollo de mejores lazos entre los miembros de la sociedad, la responsabilidad de los individuos para que estos elementos adquieran vida es determinante y son función de la madurez que ellos alcancen.

SINTESIS

El capitalismo actual ha roto la promesa liberal y keynesiana de que un mundo mejor para todos estaba en algún punto del futuro y con indiferencia o agresividad pretende que resignadamente una porción significativa de la humanidad acepte su situación de exclusión y la desesperanza que significa intuir que no hay un futuro mejor para ellos y sus descendientes. Simultáneamente, este capitalismo difunde cada vez con mayor fuerza y seducción que el consumo de los productos que genera es la clave del bienestar aun cuando sea respuestas a necesidades “inventadas” y aquel porcentaje excluido de la población nunca tenga acceso a él.

La respuesta del capitalismo a esta situación es el combate a una pobreza predominantemente definida por un concepto biológico que define un consumo extremadamente limitado a acceder y que supone es su única responsabilidad. Pero ni siquiera ese consumo limitado ha sido posible de plasmar en todos estos años de hegemonía neoliberal; por el contrario parece que estamos más lejos de esa meta que en el pasado. La responsabilidad fundamental de que esto suceda es el bajo compromiso con el objetivo de erradicar la pobreza, la falta de integralidad de las acciones para combatirla y la aplicación discrecional y clientelista de las políticas que acaban marginando a muchos de su impacto

Frente a este panorama sugerí que la adopción de una estrategia de consumo básico era el camino para abrir posibilidades de bienestar a las personas. Para ello, un consumo superior al usualmente establecido en la definición biológica de pobreza es necesario y sugerí cuales era la combinación de provisión de ingresos y servicios necesarios para alcanzarlo. Por último expresé que la existencia de otras dimensiones eran necesarias para acompañar a aquel consumo básico en la generación de bienestar.

BIBLIOGRAFIA

- BANCO MUNDIAL 1990 “Informe sobre el Desarrollo Mundial: La Pobreza” Washington D.C.
- BID (1998) “América Latina frente a la Desigualdad” Informe 1998-99. Washington DC
- BOLTVINIK, Julio 1992 “El Método de medición integrada de la pobreza: una propuesta para su desarrollo” en Comercio Exterior, vol 42, No.4, México
- CEPAL (1997) “Panorama Social de América Latina 1997”, Santiago de Chile
- CIEPP 1998 “Pobreza y Política de Sostenimiento del Ingreso” Documento base para discusión, Buenos Aires
- GORZ, André (1998) “Miserias del Presente, Riqueza de lo Posible”, Paidós, Buenos Aires
- ISUANI, Ernesto Aldo (1998) “Una Nueva Etapa Histórica” en Isuani E.A. y Filmus D. “La Argentina que Viene” FLACSO-Norma, Buenos Aires.
- MINUJIN, Alberto (1992) “Cuesta Abajo” Ed. Losada, Buenos Aires
- PNUD (1998a) “Informe de Desarrollo Humano 1998”, Madrid
- PNUD (1998b) “Informe de Desarrollo Humano en Chile 1998”, Santiago de Chile
- QIZILBASH, Mozaffar (1998) “The Concept of Well-Being” en Economics and Philosophy 14 , Cambridge University Press
- REICH, Robert (1991) “The Work of Nations”, Vintage, Nueva York
- SEN, Amartya (1992a) “Inequality Reexamined” Clarendon Press
- SEN, Amartya (1992b) “Sobre conceptos y medidas de pobreza” en Comercio Exterior, vol 42 no.4, abril, México
- SEN, Amartya (1998) “Teorías del Desarrollo a principios del siglo XXI” en BID “El desarrollo económico y social en los umbrales del siglo XXI” Washington D.C.
- SOLIMANO, Andrés (1998) “Crecimiento, Justicia Distributiva y Política Social” Revista de la CEPAL no.65, agosto, Santiago de Chile
- WACQUANT, Loic (1996) “The Rise of Advanced Marginality: notes on its nature and implications” ACTA SOCIOLOGICA, Vol 39